

los demas derechos acostumbrados. Tampoco este código fundamental duró mucho, porque Faustino Soulouque se declaró emperador (1849). La paz, sin embargo, está muy lejos de haberse consolidado en el país, y aquella colonia un tiempo floreciente, ahora pobre y desierta, apenas produce con qué alimentar á sus habitantes, ebrios siempre de vino y de tabaco. La libertad no se improvisa.

En la guerra napoleónica, donde la Gran Bretaña desplegó tal poder que sobrepujó á todas las demas naciones coloniales, tambien se conmovió el hemisferio occidental, y en él se preparó el hecho mas insigne de nuestro siglo, es decir, la emancipacion de la América Meridional.

Colo-  
nias  
meri-  
diona-  
les.

La avidez y las falsas teorías inducian á sacrificar las colonias en provecho de la metrópoli y á equilibrarlas todo lo posible. Inglaterra proporcionó su marina al incremento de las colonias; pero Portugal y España fueron disminuyendo el número de sus buques, á medida que el de sus colonias se extendía. Al paso que se querian sacar de aquellos territorios desmesuradas ventajas, se les custodiaba con extraña negligencia pensándose en extenderlos mas que en hacerles prosperar, dándolos en feudo, vendiéndolos, no cuidándose para gobernarlos de la naturaleza de los pueblos, ni preparándoles médicos, ni administradores, ni maestros, ni operarios, enviándose únicamente á ellos la hez de la poblacion europea y dejando libre campo al fanatismo. El Brasil debe su poblacion á los Judíos expulsados de Portugal; pero de España no podian trasladarse á América mas que Castellanos, es decir, gente del país ménos poblado é industrial. Por no repetir lo dicho no hablaré aquí de las absurdas leyes de proteccion, de los privilegios, y las exclusiones que tenian encadenado á un gigante. Habíase pretendido reproducir en las colonias la administracion de la metrópoli, á pesar de ser aquellas enteramente distintas en civilizacion, origen, situacion y producciones. El Canadá, cinco veces mas extenso que Francia, no tenia mas que un gobernador; un solo virey gobernaba á Méjico, en cuyo territorio la audiencia de Guatemala tenia jurisdiccion sobre trescientas leguas; y estos gobernadores llegaban al país desprovistos de conocimientos, como á un lugar de destierro que pudiera servirles de escalon para empleos mejores; todos pensando lo que uno de ellos decia, á saber: « Dios está muy alto, el rey muy lejos, y aquí soy yo el amo. » Como se les mudaba á cada momento no podian ni adquirir experiencia ni desarrollar grandes proyectos, por lo cual siempre se hallaban en los primeros pasos. El que tenia que quejarse de ellos debía recurrir á un monarca que se hallaba distante medio mundo y arros-trar las intrigas que impedían que llegase la verdad al trono.

El habitante de las colonias era considerado como inferior, casi como un bracero, y á veces

los recelos del gobierno lo excluían de la administracion, para la cual le daban mayor aptitud sus conocimientos locales. De aquí el descontento y turbulencias. Por otra parte, al estallar una guerra en Europa, ántes que las colonias pudieran precaverse y aun tener noticia de ella, se veían acometidas, y perdiendo el único medio de subsistencia, es decir, la comunicacion con la metrópoli, tenian que recurrir al contrabando y á subterfugios inmorales.

Semejante condicion solo podia durar mientras las colonias estuviesen despobladas, ignorantes y sin ejemplo de sublevacion. Pero las mismas metrópolis, sin advertirlo, les dieron los medios de resistir: en 1804 Méjico tenia treinta y dos mil hombres de tropas nacionales que costaban veintidos millones de francos. El virey Gálvez estableció parques, arsenales y fábricas de fundicion: Francia estableció el muelle de San Nicolas como pudiera haber abastecido sus costas y trasportó cincuenta mil Negros á Santo Domingo. Las exclusiones no podian conservarse ante los progresos del comercio y las lecciones de la economía política. Además la prosperidad de las colonias emancipadas del Norte convidaba á imitarlas, y el grito de los Negros de Santo Domingo resonaba en el corazon de todos los esclavos: la libertad es contagiosa.

El continente meridional, de 1,200 leguas de latitud y 400 de longitud, estaba sometido á España, á excepcion de las dos Guayanas, la holandesa y la francesa, y el Brasil. El territorio de Méjico donde prospera todo cultivo, donde el grano da treinta por uno, ciento cincuenta el maíz y de trescientos á cuatrocientos el banano, comprendia una extension de 144,460 leguas cuadradas con seis millones de habitantes. De sus rentas, que ascendian á 120 millones, ochenta y cuatro se invertian en inconsiderados gastos; las minas de plata producian otros ciento veinte. En las colonias españolas los esclavos no tenían la superioridad del número, y los Indios yacian sometidos á un odioso reglamento y á una absoluta tutela. El color, estableciendo una indeleble aristocracia, daba preeminencia á los blancos sin ofrecer á los mestizos ningun medio de elevarse. Los criollos ocupaban el primer lugar entre los indígenas; pero la España los separaba recelosamente de los empleos, y admitia muy pocos en sus universidades. Cuatro quintas partes de ellos no sabian leer, y un arzobispo declaró que para que continuasen sometidos, convenia que no supiesen mas que el catecismo. Estaba vedado imprimir toda clase de libros. En 1706 se prohibió á los Negros y á las personas de color traficar y vender por las calles, para que no se igualasen con aquellos que habian elegido estas profesiones, y porque convenia reducirlos á las ocupaciones puramente mecánicas, únicas para las cuales eran aptos (1).

(1) J. V. LASTERIA, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los Españoles en Chile, 1842.*

Tenia España reservadas para sí la importacion y la exportacion, por lo cual todo se vendia á precios exorbitantes, al paso que los frutos indígenas no tenían valor alguno. ¿ Á qué, pues, se habia de mejorar la agricultura? Estaban prohibidas las manufacturas, y hasta el hierro se traía de España, cambiándolo por el oro: los caminos no servian mas que para las mulas que transitaban cargadas con los impuestos destinados á la metrópoli.

El clero no dependia de Roma sino del rey, el cual por concesion antigua y perpetuada nombraba los obispos bajo la aprobacion papal: el virey ó los gobernadores elegian los párrocos y oficios menores, á propuesta de los obispos. Así la Iglesia formaba parte de la administracion, y por consiguiente estaba sometida al dominio temporal. La Santa Inquisicion residia en Cartagena, y tenia agentes en todas partes que vigilaban las conciencias.

Carlos III no conoció el oficio de rey cuando, cumpliendo el pacto de familia, auxilió la independencia de los Estados Unidos. Pero la ausencia de toda forma representativa no permitía que se formasen en las colonias españolas ni magistrados ni capitanes, y faltaba por completo un centro de accion y sentimiento.

Los llaneros, dueños de innumerables ganados que pastaban en llanuras sin término, avezados desde su niñez á vivir á caballo, á combatir contra el toro y el jaguar, y á hacer largos viajes, á pasar á nado los rios, á dormir al sereno, no podian someterse con paciencia á la esclavitud; pero aunque estaban prontos á sublevarse al primer toque de trompeta, no podian dar ellos la señal. Los habitantes de las ciudades, la mayor parte criollos, adquirian algunas ideas mediante la lectura y el contacto con los Europeos, y su desprecio hácia los funcionarios que llegaban de Europa alimentaba en ellos la esperanza de independencia. La Revolucion francesa aumentó esta esperanza, y los libros y periódicos que entonces penetraron, iluminaron las colonias con una luz nueva. Durante las guerras napoleónicas todo se conmovió en las colonias; estas fueron alternativamente ocupadas por amigos y enemigos que las asolaron; todos los gobiernos se habian disuelto; los Negros se negaban á trabajar, y en estas repentinamente mudanzas el país vió que podia escoger entre el antiguo amo y el nuevo, y acaso quedarse sin ninguno. El bloqueo de las metrópolis acabó con la costumbre de las antiguas relaciones, y obligó á entablar otras; los Ingleses, no esperando conservar para sí estas colonias, querian mas bien verlas libres que devueltas á sus antiguos poseedores, y los Estados Unidos, libres de las cuestiones europeas, para tener abiertos todos los puertos, deseaban extender á los demas países la situacion desembarazada que para sí habian conquistado. Así fermentaba el deseo de independencia.

Colom-  
bia.

El país que hoy se llama Colombia y que tiene noventa y dos mil leguas cuadradas de extension,

se dividia entre el vireinato de Santa Fe, llamado despues Nueva Granada, en la cuenca del Rio de la Magdalena, y la capitanía general de Venezuela en el valle del Orinoco, además de la presidencia de Quito en el nacimiento del Rio de las Amazonas. Así Carácas, Santa Fe de Bogotá y Quito eran como tres capitales en torno de las cuales se agregaban las muchas y diversas subdivisiones. A principios del siglo poblaban este país setecientos veinte mil Indios, seiscientos cuarenta y dos mil criollos y Europeos, un millon doscientos cincuenta y seis mil mestizos y doscientos mil salvajes (1).

Siguiendo los ejemplos de Francia, se habia formado en Bogotá una asociacion liberal que propagaba la declaracion de los derechos del hombre; pero descubiertos sus individuos, fueron encarcelados y algunos enviados á España. En cambio se deportaban á las colonias los Españoles á quienes se proscribia por opiniones revolucionarias, y tres de ellos, encerrados en una ciudadela cerca de Carácas, pudieron establecer relaciones con los indígenas, que guiados por su mala suerte y por sus ideas, proyectaron libertar al país y formar una república que diese el ejemplo y la señal á los demas. Pero habiendo sido descubiertos por un traidor, fueron castigados segun los casos, con las penas de muerte, presidio y deportacion. Por otra parte, las crueldades que los Indios sublevados cometian con los criollos, quitaban á estos el deseo de moverse.

El general Miranda, de Carácas, antiguo compañero de armas de Washington y luego de Dumouriez, odiando á España y deseando redimir á su patria, instaba á Inglaterra para que lo ayudase á sublevar la América Meridional. El gobierno inglés le dió oídos al principio, pero despues desechó sus solicitudes, cuando en 1804 cambiaron las relaciones de Inglaterra con España. No desanimándose por esto, y confiando en el auxilio de algun comerciante de Nueva York, de lord Cochrane, almirante inglés en aquellas aguas y de sus propios confidentes en el interior, se aventuró con quinientos voluntarios á invadir las costas de Venezuela; pero no habiendo encontrado apoyo, tuvo que retirarse.

Cuando los Borbones de España abdicaron y el ejército frances invadió la Península, el deseo de independencia se unió al sentimiento de fidelidad hácia los reyes destronados, fidelidad mayor de la que se les habria mostrado si les hubiera sonreído la fortuna. Se pensó, en efecto, como en el Brasil, ofrecer asilo á los monarcas fugitivos de Europa; y por tanto, no dando oídos á José Buonaparte, ni á las juntas revolucionarias, formaron las colonias otras juntas suyas propias, pareciendo á todos ser justa esta medida en tal desórden, y hasta que las cosas se reorganizáran; de manera que el nombre de Fernando VII era tambien en América el grito de los liberales.

(1) HUMBOLDT.

1797.

1806.

1809.  
10 de  
agosto.

En este sentido se sublevó también Quito, y sin violencia de ninguna especie estableció una junta nueva, presidida por el marqués de Selva Alegre, jurando fidelidad á Fernando VII, y entre el pueblo se difundió y exageró la noticia de que los funcionarios españoles conspiraban para entregar la América á Buonaparte. La junta suprema de España en 1809 «considerando que las provincias americanas no eran colonias como las de otros países, sino parte integrante de la monarquía,» declaró á nombre del rey que debían tener representación directa é inmediata en las cortes españolas. Pero aunque fueron representantes á las cortes, nada se proveyó para el bien de países tan lejanos, y nada dió á conocer en la esfera de los hechos la igualdad establecida entre los dos pueblos. Esta era sostenida por escritos proliferos, por las gestiones de los partidarios de Napoleón que querían crear obstáculos al gobierno, á quien llamaban rebelde, y por los emisarios del Brasil, ya emancipados de su metrópoli. La junta de España, manteniéndose á duras penas entre tantas dificultades, no tenía el discernimiento suficientemente desembarazado para evitar los males lejanos. El imprudente insulto de un comisario español excitó una insurrección en Bogotá; pidióse la convocación extraordinaria de todos los ciudadanos, y el virey Cisneros no se atrevió á negarla. La junta presidida por él pronto adquirió sobre él superioridad, y sostenido su ardor por el *pueblo soberano*, despidió al virey. La Nueva Granada se declaró independiente de la regencia de España y sujeta solamente á Fernando VII, y se convocó á las provincias para impedir la desmembración, cuyos síntomas habían estallado desde el principio, como sucede comunmente donde falta el sentimiento nacional.

1810.  
20 de  
julio.

Cartagena, sublevada contra Bogotá, se adhirió á la regencia española, y convocó para otro punto á los representantes de las provincias, á fin de formar una federación en que se reconociese la libertad de cada Estado, única forma compatible, según se decía, con el interés y la libertad del país. Este, pues, se dividió, el congreso no llegó á reunirse, y la anarquía comenzó á dominar aun antes de la libertad. Después en Quito se alzó de nuevo la bandera de la independencia, la cual fué proclamada en aquel territorio.

1811.

En Venezuela había estallado la revolución el 19 de abril de 1810, y el capitán general de Carácas se había visto obligado á hacer dimisión en manos de una junta nombrada por él mismo. Siguiéron las otras ciudades el movimiento, y la llegada de Miranda hizo que se resolviera la convocación de un congreso general, el cual proclamó la independencia de las *provincias unidas* de Carácas, Cumaná, Varinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, que formaban la *Confederación de Venezuela*. Pero en breve retornaron las ideas federalistas fomentadas por la constitución que Miranda hizo decretar.

1812.  
26 de  
marzo.

Los Españoles no tardaron en acometer á las nuevas repúblicas guiados por Monteverde, y

en medio de la guerra civil un terremoto arruinó á Carácas con doce mil habitantes, y asoló otras ciudades. La superstición creyó ver en este suceso el dedo de Dios, tanto más cuanto que ocurrió en el aniversario de la insurrección, y cuanto que los Españoles, lejos de experimentar daños, pudieron aprovecharse de él para comenzar las hostilidades. Muchos abandonaron entonces la causa de la Revolución, y Miranda, nombrado dictador (26 de julio), se vió obligado á capitular bajo la condición de que la constitución que se diese en España, sería también extensiva al Estado de Venezuela. Publicóse una amnistía, y se dejó libre la salida del territorio á los que quisieran aprovecharse de este permiso. Muchos fueron los que usaron de él, y lo acertaron, pues Monteverde impuso luego feroces castigos, y Miranda mismo fué encarcelado y enviado con otros á Cádiz, donde murió algunos años después (1816). Los que se refugiaron en Cartagena dieron vigor á la Revolución de la Nueva Granada.

Simon Bolívar, nacido de familia noble en Carácas, en 1780, educado en España, recogió en París en 1801 las Memorias recientes de la gran Revolución y vió coronado á Buonaparte y en él la unidad de Francia. Roma, inspiradora de magnánimas ideas, excitó también el entusiasmo del joven, que en el Monte Sacro juró redimir á su patria. De regreso á ella, no tomó parte en los movimientos de 1810, acaso creyéndolos intempestivos y no agradándole el liberalismo. Cuando después tomó las armas, sus primeras tentativas fueron desgraciadas, pero en breve desplegó sus proyectos, inculcando la idea de que toda la América debía ser solidaria de la Revolución de cada provincia, y la de que no debían diseminarse las fuerzas en los distritos, sino que era preciso reunir las todas para dar un gran golpe al enemigo, no dejando rincón del país donde no se proclamase la libertad. Habiéndose puesto al servicio de Cartagena, atacó á los Españoles que impedían la navegación interior en el Río de la Magdalena; no cuidándose de los límites impuestos á sus operaciones, entró en Ocaña y Pamplona, y asegurando la libertad con dilatarla, penetró en Venezuela para redimirla á nombre de la Nueva Granada. El descontento excitado por Monteverde lo favoreció trocándose en furor, y la bandera de la independencia recorrió los floridos valles de Cúcuta.

Bolívar, preparándose para destruir á Monteverde, pudo con trabajo reunir un *ejército libertador* de quinientos hombres, con los cuales atacó á seis mil Españoles veteranos que obedecían á aquel temido jefe. Con este puñado de gente propagó la Revolución precisamente cuando Buonaparte con quinientos mil hombres la dejaba perecer en Europa. Con estrategia particular guió á su ejército por desiertos ó sabanas sin límites ni caminos, ya bajando á los pantanos del Orinoco, ya subiendo hasta los ven-

tisqueros de los Andes, renovando los milagros de la primera conquista. Y en las batallas con los enemigos no había piedad ni consideraciones por ninguna parte, sino furor y venganza.

La regencia de Cádiz se había negado á reconocer los nuevos Estados, y por consiguiente á aplicar el derecho internacional á aquellos súbditos traidores. Así los generales españoles rivalizaban en crueldad para el castigo; todos los vencidos para ellos eran traidores; condenaban á muerte á los que cogían con las armas en la mano, á los que las habían llevado antes ó favorecido á la Revolución, sin distinción de ancianos ni de mujeres; los oficiales que caían prisioneros eran fusilados, y batallones enteros que se rindieron fueron pasados por las armas. Boyer y Morales, jefes realistas, capitaneaban una *legión infernal* de Negros y mulatos sedientos de sangre. El general Moxó, capitán general de Carácas, el 18 de noviembre de 1815 escribía á Urezieta, gobernador de la isla Margarita: «Fuera toda consideración de humanidad; que todos los insurgentes, sus cómplices ó parciales cogidos con armas ó sin ellas, y todos aquellos que hayan tomado una parte cualquiera en la presente crisis de la isla, sean fusilados inmediatamente, sin más forma de proceso.» Este gobernador por su parte decía al capitán Gonigó en una comunicación lo siguiente: «No dé V. cuartel; deje á las tropas saquear apénas lleguen á un punto. Si el enemigo se retira, sigale V. hasta San Juan y prenda fuego á los edificios.» Los insurgentes, viendo que se llevaba á efecto este decreto, mataron á ochocientos realistas que se habían refugiado en Sampator, y Bolívar publicó también la guerra á muerte.

«Conmovidos ante el espectáculo de vuestras desgracias (tal era su proclama del 15 de julio de 1813 á los habitantes de Venezuela), no podemos ver con indiferencia los males que os hacen sufrir los bárbaros Españoles, que os han oprimido con la rapiña, destruido con el incendio, y violado respecto de vosotros los derechos sagrados de las naciones, rompiendo los tratados y convenios más solemnes, y reduciendo con mayores delitos á la república de Venezuela á una espantosa desolación. La justicia exige venganza; la necesidad la impone. Desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y que lo han cubierto de sangre, y sea su castigo igual á su perfidia, para que de este modo podamos lavar nuestra ignominia y demostrar á las naciones que no se ofende impunemente á los hijos de América... Todo Español que no conspire contra la tiranía y á favor de la buena causa con los medios más activos y eficaces que pueda emplear, será tenido por enemigo, castigado como traidor á la patria, é irremisiblemente pasado por las armas. Habrá perdón general y absoluto para todo el que se aliste en nuestro ejército con armas ó sin ellas ó que nos traiga socorros, así como para todos

los buenos ciudadanos que se hayan esforzado en sacudir el yugo de la tiranía... Los Españoles y los Canarios no tienen que esperar sino la muerte, con solo que se hayan negado á cooperar activamente á la libertad de América; en cambio los Americanos pueden esperar la vida aun cuando sean culpados.»

Con tal ferocidad, además de las atroces represalias, esperaba Bolívar acaso inducir á los propietarios españoles á huir y cesar en su oposición ó tomar parte con los defensores de la independencia. Acaso también quería echar el sello á esta hacienda imposible la reconciliación. Así, pues, los horrores de la guerra civil llegaron á hacerse tan habituales, que parecía que unos y otros porfiaban por ver cuál de los dos bandos se mostraría más cruel y sanguinario. La posteridad que no aprecia la justicia de una causa por solo su éxito, pedirá cuenta de estas atrocidades á Bolívar; pero también la exigirá de quienes dieron ocasión á ellas.

Donde el permanecer neutral se castigaba con la muerte, necesariamente debía engrosarse el ejército. Bolívar, después de cinco meses de campaña, entró en Carácas por capitulación, y sacó de las prisiones á las víctimas del despotismo. El congreso de la Nueva Granada le había mandado restablecer el gobierno federal; pero él viéndose victorioso y por tanto dueño de la fuerza, y conociendo mejor las necesidades del país, estableció un gobierno militar, invistiéndose á sí propio de la dictadura. Al mismo tiempo estimuló á los Venezolanos á declarar la guerra, y á los extranjeros á apoyar sus esfuerzos, ofreciéndoles terrenos en aquel país donde tantos hay sobrantes. El joven estudiante Santiago Mariño, su compañero de armas, fué declarado dictador de las provincias orientales.

1813.  
4 de  
noviem-  
bre.

Monteverde, habiéndose retirado á Puerto Cabello, podía tener siempre abierto el país para una nueva invasión española; Castillo, Cabal y Urdaneta, jefes de las tropas de la Nueva Granada, se habían reunido en otros puntos; muchos llaneros y gran número de esclavos, sublevados con la promesa de la libertad y del saqueo, llenaban de guerrillas las inmensas pampas, y la sangre y el ardor vengativo se asociaban á la astucia y á los refinamientos europeos. Hallóse, pues, Bolívar estrechado en las ciudades, donde entibiándose el entusiasmo que había excitado su prosperidad, se clamó contra su despotismo, y con impaciencia nada política se pidió la proclamación de un gobierno republicano. Bolívar, rechazado y derrotado en todas partes, salió del territorio de Venezuela, y volvió á Cartagena. Allí encontró la libertad, pero también halló desunidas las provincias, y habiendo sido elegido por el congreso para obligar á reconocer la autoridad federal á los que se habían negado á este reconocimiento, tuvo que sitiarse á Cartagena misma.

Tan luego como los realistas de España, habiendo recobrado el mando, pudieron dirigir

sus esfuerzos contra las colonias sublevadas, enviaron á las órdenes de Morillo una expedición de diez mil hombres aguerridos en los combates de su patria; creyendo sin duda que todavía tenían que habérselas con los Americanos de Cortés y de Pizarro, y que bastarian algunos batallones para sujetarlos. ¿No era absurdo hacer combatir contra la independencia de otro pueblo á aquellos mismos Españoles que tan generosamente habían peleado hasta entónces por defender la suya? La travesía fué fatal á muchos; á otros mató el clima, y el resto sucumbió en la guerra á la desbandada que se hacía en América. Si la Inglaterra con diez y seis millones de habitantes y tantos medios marítimos, y teniendo Alemanes á sueldo, no había podido sujetar á dos millones y medio de Norte-Americanos, ¿cómo la exhausta España podía pretender reprimir la insurrección de todo un continente? Sin embargo, Morillo, aprovechando las excisiones de sus enemigos, los derrotó; entró en Venezuela, y conquistada esta, pensó apoyarse en esta base para hacer la guerra á la Nueva Granada. Después siguiendo su plan se unió con Montes, que hacía la guerra en Quito, llegaría á Lima y al Alto Perú, y por último sometería á Buenos Aires. Así el plan de Morillo abrazaba todo aquel continente: este jefe, que manifestó grande habilidad y una ferocidad sin ejemplo en los anales modernos, escribía á Fernando VII: « Para subyugar estas provincias se necesitan los mismos medios que fueron necesarios para la primera conquista. » En una comunicación de junio de 1816 fecha en Bogotá, dijo que había declarado rebeldes á todos los que supieran leer y escribir, y que por tanto habían sido ahorcados desnudos unos seiscientos notables de aquella ciudad.

Ante tal furor, los jefes de la insurrección después de haber sido vencidos muchas veces, huyeron, y Bolívar se refugió en Haití, donde Pethion le dió armas y víveres. Con estos recursos volvió al país, y uniéndose á los suyos, alcanzó una victoria y prometió amnistía á sus enemigos. Vencido otra vez, volvió á refugiarse al lado de Pethion, siempre espionando la ocasión de regresar. En efecto, cuando los insurgentes de Venezuela tuvieron reducido á Morillo al mayor apuro, no necesitado más que un jefe para reunir sus fuerzas, se presentó otra vez Bolívar; y así como en otro tiempo había recobrado á Venezuela comenzando las operaciones por la Nueva Granada, entónces comenzó la conquista en sentido inverso. Estableció su gobierno en Angostura, á orillas del Orinoco; después atravesó los Andes con un ardimiento jamás visto, pasando cuarenta y tres días entre hielos horribles, falta de respiración, enfermedades nuevas, lluvias periódicas y mortíferas, espigas letales, y peligros de súbitos torrentes. El estupor que produjo tanto atrevimiento propagó la confusión entre los enemigos; Bolívar, habiendo obtenido una victoria decisiva en el delicioso valle de Samagoso, cercó á Bogotá, y

en el entusiasmo de aquel triunfo fué proclamado capitán general de las dos repúblicas. Entónces dejando á Santander en su puesto en la Nueva Granada, atravesó otra vez el continente, reorganizó el desordenado gobierno de Angostura, y anulando la constitución de 1811, hizo decretar la unión de todas las provincias de Nueva Granada y de Venezuela, con el nombre de Colombia. Decretóse también la fundación de un gobierno popular y representativo que no sería propiedad de ninguna familia ni persona; la libertad de imprenta, y la construcción, cuando fuera posible, de una ciudad con el nombre del Libertador.

Bolívar secundó los esfuerzos de los insurgentes de América, que se hallaba toda en conflagración. El vireinato de Buenos Aires, fundado en 1776, y cuya autoridad se extendía sobre cerca de ochocientas mil millas cuadradas italianas, entre el Perú, el Brasil, la Patagonia, el Atlántico y los Andes, conservaba el carácter de su fundación. Cada partida de Españoles de los que iban en busca de tesoros, se había establecido en un punto diverso y fundado allí una ciudad: ciudad única en provincias tan dilatadas como los reinos de Europa. Santa Fe era la sola ciudad del territorio de Buenos Aires, y en este mismo caso estaban en los suyos respectivos las de Bajada, de Entre Ríos, Córdoba, Corrientes, Mendoza, y hasta Montevideo en el Uruguay, ántes que las últimas emigraciones poblasen los desiertos de la Banda Oriental. Cada provincia era, pues, independiente y rival de las inmediatas, y solamente se mantenían todos bajo cierto orden por efecto de la dominación española. Buenos Aires sufrió al principio del siglo frecuentes ataques por parte de los Ingleses, y habiendo sido tomada y perdida alternativamente, los habitantes llegaron á conocer sus propias fuerzas. Estos, sin embargo, favorecidos especialmente por los Españoles, dotados de universidad, de un periódico, de correspondencia regular por medio de buques y exentos de la miseria, atendían tranquilamente al cuidado de sus campos y ganados. Cuando la regencia de España en 1810 proclamó la libertad, los naturales de Buenos Aires quisieron tenerla por completo, y enviaron peticiones á las cortes reclamando la emancipación absoluta. San Martín, que había hecho sus primeras pruebas en la guerra de España, pasó á Buenos Aires, organizó el primer regimiento de caballería, y fué proclamado general por los insurgentes. El 9 de julio de 1816, los diputados de las *Provincias Unidas del Río de la Plata* enumeraron sus quejas contra España, según las cuales de ciento sesenta vireyes solamente cuatro habían sido Americanos, de seiscientos diez capitanes generales y gobernadores solo catorce habían sido del país, y á este tenor la proporción en los demás empleos; no habiéndose tampoco establecido escuelas, ni fomentado el trabajo de los campos ni el de las minas. Por todas estas razones los habitantes de Buenos

Aires declararon que se hacían independientes. La enemistad originaria entre las provincias estalló apenas cesó la opresión común, queriendo cada una de las trece formar una individualidad distinta. Pero Buenos Aires, que tiene la ventaja de estar situada á orillas del mar, de ser habitada por ricos propietarios y de tener costumbres á la europea, trató de agruparlas á todas en torno suyo.

Habiendo sacudido el yugo las provincias de Buenos Aires, Cuyo, Córdoba, Santa Fe, Paraguay, Tucumán y Rioja, no les quedaba á los Españoles más que el Alto Perú; por lo cual los insurgentes conocieron la necesidad de conquistar también la provincia de Chile, donde los realistas habían establecido el dominio español. Movieron, pues, en esta dirección su ejército, compuesto de cuatro mil hombres mandados por San Martín, habiendo jurado previamente permanecer « unidos en sentimientos y en esfuerzos para no consentir ningún tirano » en Colombia, y cual otros héroes Espartanos « no someterse á las cadenas de la esclavitud » mientras brillaran estrellas en el cielo, y corriese sangre por sus venas. En ocho días atravesaron la asombrosa distancia de trescientas millas entre montañas elevadísimas, y después de larga resistencia, triunfaron, siendo declarada libre la provincia de Chile el 1.º de enero de 1818, ante la gran confederación del género humano. Bernardo O'Higgins, nombrado director supremo, expuso en un correcto y razonado manifiesto las razones de la sublevación. Lord Cochrane contribuyó á las victorias sucesivas como comandante de la escuadra de Chile, hasta que el gobierno español abandonó el país, y entónces se decretó la unión y confederación de Chile con el Estado de Colombia. En seguida se organizó el gobierno, en cuyo seno no faltaron las acostumbradas turbulencias, pero pagó menor tributo que otros á la guerra civil, y se encaminó ántes que ninguno por la senda de la moderación y del aprovechamiento de la magnífica posición del país y de sus riquezas naturales. La constitución chilena de 1833 es de las más prudentes.

Una asamblea general de los diputados de las trece ó catorce poblaciones del Río de la Plata (24 de febrero de 1826), decretó la unión de todas ellas conservando la independencia particular, con un congreso legislativo y constituyente, y encomendando el poder ejecutivo al gobierno de Buenos Aires. La constitución sancionada el 24 de diciembre de 1826 estableció por única religión la católica; el sistema representativo republicano y central; el poder legislativo con dos cámaras, y el ejecutivo con un presidente elegido por cinco años. Sin embargo, varias provincias prefirieron la federación y no quisieron reconocer al presidente Rivadavia.

La Banda Oriental en la embocadura del Río de la Plata, habiéndose agregado al Brasil con el nombre de *Provincia Transplatina* (1822), oca-

sionó una larga guerra entre la República Argentina y el Brasil, el cual finalmente, en agosto de 1828, reconoció la independencia de aquella con el título de *República Cisplatina*. También Montevideo, disputado entre el Brasil y Buenos Aires, fué reconocido por ambos como independiente y libre con el nombre de *República Oriental del Uruguay* (10 de setiembre de 1829).

En el Paraguay se hizo jefe de la Revolución Puyrredon; pero el doctor Francia, secretario de la junta, se puso en breve á la cabeza de los negocios, é impidiendo la reunión con Buenos Aires, se constituyó en dictador perpétuo y jefe del clero; suprimió los conventos y los cabildos, persiguió á los Españoles, aisló al país de todos los demás, y se rodeó á sí mismo de las precauciones de los antiguos Dionisios. Generoso respecto de sus bienes, parco tratándose del dinero público, sencillo, probo y entusiasta de Napoleón, creyó que el supremo bien era la independencia, que la libertad no convenía más que á las personas ilustradas; abrió nuevos caminos, y proveyó á su seguridad; los suyos, precisados á bastarse á sí mismos, aumentaron los productos y la industria del país, y la fuerza era con frecuencia el medio de que se valía Francia para fomentarla. Puso tanto cuidado en hacer salir de aquel territorio á los extranjeros como ponían los Jesuitas para otros fines. Si llegaban otros, eran tan guardados que ni siquiera podían corresponder con sus parientes: así es como tuvo muchísimos años al naturalista Bonpland, á Longchamp y á Rogier, los cuales salieron después de su muerte de aquel país (20 de setiembre de 1840), y han publicado desde entónces la mejor descripción de aquel territorio.

Cuba permaneció fiel á la España por haber sido mejor tratada, mucho más cuando la pérdida de las otras colonias mostró la necesidad de tener consideraciones con las restantes. El gobierno español, á quien no quedaban más que Cuba, Méjico y el Perú, se preparaba á hacer un esfuerzo extremo para restablecer la superioridad de su pabellón; pero las tropas reunidas en Cádiz proclamaron la constitución de 1812. El nuevo gobierno constitucional convidó á los Americanos con darles iguales derechos que á los Españoles; pero aquellos comprendieron que una misma constitución no podía regir á pueblos tan distantes. Morillo, cansado de una guerra atrozísima é infructuosa, propuso un armisticio, bebió en la copa de Bolívar y vino á Europa á pelear contra otras libertades. Sucedióle en el mando La Torre, que fué vencido en la llanura de Tinaquillo por Bolívar, el cual no quiso aceptar el triunfo y dijo: « Un hombre como yo es peligroso en un gobierno popular; deseo quedarme como simple ciudadano para ser libre y que lo sean todos. » Sin embargo, fué nombrado presidente de la República. La constitución proclamada entónces estableció un presidente elegido

doctor  
Francia.  
Paraguay.  
1809-  
1814.

1821.  
23 de  
junio.